

ESTEREOTIPOS Y DISCONTINUIDAD GENÉRICA
EN EL *ZANJÓN DE LA AGUADA*
DE PEDRO LEMEBEL

Andrea Hein-Tironi
Universidad Andrés Bello

LA literatura chilena contempla una variedad de escritores magistrales tanto a nivel nacional como internacional; uno de ellos, que se destacó a fines del siglo pasado, es Pedro Lemebel. Su historia se relaciona desde su raíz con la tierra de Chile, naciendo en uno de los callejones más pobres y miserables de Santiago: el Zanjón de la Aguada. Es considerado uno de los autores más renombrados de los años noventa, a pesar de que empieza su trabajo como literato de manera esporádica en 1980, escribiendo ocasionalmente crónicas, las cuales son publicadas en diversos diarios y revistas como *The Clinic* y *La Nación*. Pero entra de lleno en el mundo literario en 1995 con su primer libro titulado *La esquina es mi corazón: crónica urbana*. En 1996, el escritor chileno incursiona en el ámbito de la radio con su programa “Cancionero” en la Radio Tierra, en el cual leía crónicas junto con música y sonidos ambientales; es entonces cuando comienza su fama como cronista urbano al ser este género su predilecto a la hora de escribir. Asimismo, se manifestó fuertemente en el ámbito de la *performance*, utilizando las calles para mostrar su desacuerdo mediante puestas en escena llamativas. Por ejemplo, siendo el autor un homosexual reconocido, en 1987 se puso maquillaje y se travistió de mujer en el Día Internacional de la Mujer, como forma de protesta contra el rechazo hacia la homosexualidad, utilizando siempre la vía pública como su escenario.

Uno de los tópicos más trabajados por Pedro Lemebel es el de la marginalidad, presentando diversos individuos que son rechazados por la mayoría de la sociedad, como los pobres, homosexuales, los travestis y las prostitutas, entre otros. El autor, sin ser el precursor de esta acción representacional de los sujetos marginados, aun así les da un espacio en su obra, llevando a cabo en diversas ocasiones una escritura paródica, es decir, utilizando hipérbolos tanto para demostrar el gran rechazo hacia los marginales como para burlarse de aquellos que los denominan de esa forma, resaltando al extremo las características de sus personajes con el fin de enfocar la mirada sobre aquellos que son discriminados. Sin embargo, este tipo de escritura irónica tiene el objetivo de plantear una mirada subjetiva del mundo, en el sentido de que la exageración convierte lo planteado en un tipo de burla para así afirmar que no todo es tan importante y serio, sino que hay que tener una perspectiva menos determinista sobre lo que nos rodea.

Esta temática y otras más son tratadas en la agrupación de crónicas de Lemebel titulada *Zanjón de la Aguada*, obra que será analizada en este trabajo. Estas crónicas han sido recopiladas a partir de diversos escritos que el autor publicó durante el transcurso de parte de su vida. La relevancia de este conjunto es que cada una se refiere a una historia diferente, con personajes distintos, pero, finalmente, a pesar de la gran cantidad de años de diferencia entre sus publicaciones, las crónicas mantienen una temática y un estilo en común, pudiéndose hilar un pequeño relato, tal vez oculto, de una parte de la comunidad chilena, de la cual muchos datos habían permanecido en la clandestinidad hasta aquel momento. Por ende, es en cuanto al *Zanjón de la Aguada* que se propone que esta agrupación de crónicas de Pedro Lemebel rompería con diversos estereotipos, en los cuales son encasillados algunos grupos sociales cuyos miembros poseen características comunes. El cronista vislumbra la individualidad de cada sujeto dentro de estas agrupaciones, y plantearía que el hecho de que sean tratados de forma supuestamente

homogénea se debe a una concepción cultural que los determina de aquella forma. Se realiza este enfoque sobre tres tipos de estereotipos: los pobres, los homosexuales y la figura materna.

UNA MIRADA AL ORIGEN DE LEMEBEL: EL ZANJÓN

Pedro Lemebel, en sus crónicas, enfoca recurrentemente su perspectiva en las clases sociales más bajas, más pobres, presentando una visión cercana de los individuos que viven rodeados de miseria y mostrando las dificultades por las que deben pasar. Sin embargo, nunca realiza esta acción para posar una mirada piadosa en cuanto a ellos, sino que para ver cómo han logrado sobrellevar todo a pesar de los contratiempos. En contraposición, presenta a los miembros que tienen más dinero y que viven en los lugares más privilegiados del país como sujetos que no han experimentado obstáculos lo suficientemente difíciles durante su vida, ridiculizándolos constantemente y haciendo burla de ellos y sus embrollos menores que no alcanzarían a importunar el alma de alguien que con suerte tiene un techo bajo el cual dormir. Pero la distinción que hace Lemebel es que no encasilla a los pobres, sino que sus crónicas se leen como un intento de romper el estereotipo que se tiene de ellos. El gesto del cronista chileno, en cuanto a la pobreza, se lleva a cabo desde un enfoque contrario al naturalismo, es decir, Lemebel no actúa como un escritor magistrado que va a observar diferentes grupos sociales, sino que se encuentra dentro de lo relatado, rompiendo con el distanciamiento determinista a la hora de narrar. En cambio, al momento de tratarse de la clase social alta, Lemebel realiza el gesto contrario, categorizando a los sujetos más adinerados y presentando características que tienen en común: preocupados por la apariencia, derrochadores de dinero y juzgando a las personas de clases más bajas. Todo lo que les concierne no tiene gran valor, exponiendo el cronista estos rasgos de manera irónica para, finalmente, afirmar que aquellos

individuos viven en un mundo competitivo por quién posee lo que está más de moda y las joyas y vehículos más caros y relucientes. Al resaltar el estereotipo de sujeto rico, pero no el del individuo pobre, se remonta al origen popular del propio autor, el cual debe haber vivido el encasillamiento estereotípico al haber crecido en un barrio con pocos recursos, además de ostentar una visión superficial de aquellos que poseen más dinero y que no se preocupan por la situación del resto del país.

Es en cuanto a la pobreza que Lemebel se enfoca en la comunidad del Zanjón de la Aguada, zona santiaguina de gran miseria y lugar donde el autor creció y vivió gran parte de su infancia, formándose así un vínculo afectivo entre el escritor y el Zanjón. Se caracteriza a las personas que habitan allí como una población que tiene muy pocos recursos, y que vive en un espacio rodeado de miseria, quedando en uno de los peldaños sociales más bajos del país. Al identificar a este barrio, Lemebel desarticula la homogeneización social que se tiene de los pobres, desmitificando el estereotipo que se hace de ellos. Lo que realmente quiere lograr el autor con esta distinción es darle otra significación al Zanjón, no mostrándolo como un espacio rodeado de pobres, sino como un lugar habitado por personas racionales y con emociones, como sería el caso de él, y la influencia que tuvo sobre sí mismo su barrio desde una temprana edad. Resignifica la importancia del Zanjón en la sociedad, y afirma que de aquel mísero lugar surgió su literatura. El hecho de estar rodeados de suciedad, no tener casi privacidad por la gran cantidad de gente que habita allí y los pocos recursos que cada familia posee, son algunos de los factores que afectan a la población del Zanjón. Por esta razón, expone Lemebel en el *Zanjón de la Aguada*, que los sujetos de aquel espacio son discriminados por el simple hecho de habitar allí. La pobreza que los rodea se transforma en una barrera que los separa del resto de la sociedad, siendo observados como objetos o datos estadísticos, agrupándolos como población en vez de tomarlos como sujetos individualizados.

Lemebel, con su planteamiento anti-estereotipado sobre el Zanjón, se coloca en las antípodas del concepto de “ciudad letrada” de Ángel Rama. Este término originado en el texto de Rama *La ciudad letrada* (1984), refiriéndose con esto no a lo físico, sino que al espacio simbólico ocupado por los letrados, haciendo referencia tanto a profesores como a sacerdotes o cualquier individuo que posea conocimiento en cuanto a lo escritural y desde lo escritural. Estos sujetos emergen a fines del siglo XVI en los virreinos coloniales como servidores del poder, dando inicio a la noción propuesta por el autor. Su labor consiste en adentrarse en las sociedades coloniales para observar a los sujetos y sus hábitos, desconocidos para los europeos, entregando luego el reporte al virrey. Esta es la función que llevan a cabo y por la cual el virreinato requiere sus servicios. Estos intelectuales, creadores de la ciudad letrada, y la cual se encuentra dentro de la urbe, están encargados de servir al gran poder debido a su facultad literaria, realizando su oficio principalmente en América Latina durante el fin del siglo XVI, ya que hay una población mayoritariamente analfabeta a la cual transmitir sus observaciones e historias. Sin embargo, a pesar de ser servidores del virrey, también forman parte de una clase social alta gracias a la generosa remuneración por sus trabajos.

La configuración de la ciudad letrada de Rama es muy diferente a la conformación que realiza Lemebel en el *Zanjón de la Aguada*, no solamente por la evidente diferencia temporal, sino que por el rol que cumple el literato en cada caso. El escritor presentado por Rama, posee una continuidad durante la historia a partir de la época colonial hasta el siglo XX, teniendo, por supuesto, diferencias entre sí a través de las décadas, pero siempre cumpliendo la función de servidor. Para éste, su oficio consiste en introducirse en las comunidades no conocidas por el poder para luego informar sobre estas, pero siempre desde una perspectiva externa, ajena a lo relatado, tomando distancia, como un

observador que va a vigilar a un animal para estudiarlo y ver su comportamiento. En cambio, el cronista de Lemebel se distingue del letrado de Rama, ya que el primero desplaza el lugar de enunciación del cronista al formar parte de la experiencia misma, siendo este relegamiento una técnica escritural utilizada por el literato para incorporarse a sus propios escritos. Es decir, no se presenta como un intelectual que observa y describe el mundo popular desde un punto de vista externo, sino que se hace partícipe de aquellas vivencias, como en el caso del *Zanjón de la Aguada*. Es en el aspecto del papel del intelectual en el cual el autor provoca un quiebre con relación a la propuesta de Ángel Rama. En consecuencia, Lemebel expone su planteamiento heterogéneo en cuanto al Zanjón, es decir, se enfoca en y diferencia a los habitantes de este barrio del resto de la sociedad chilena, afirmando que las vivencias que tienen en ese lugar cambian su manera de ver el mundo. Esto el cronista lo lleva a cabo al hacerse partícipe de la experiencia de su propio relato, perspectiva que difiere de la de los intelectuales de la ciudad letrada. Además, a pesar de tener ambos escritores poder autorial, éste se manifiesta de manera diferente en cada uno. Mientras el letrado de Rama posee un cargo alto dentro del servicio del virreinato, el literato de Lemebel tiene la fuerza de la divulgación, adquiriendo autoridad dentro del mundo escritural al sumergirse en la experiencia, siendo un integrante más de la ciudad. La multiplicidad de funciones a cargo del cronista y sus diferentes facetas, siendo un ejemplo específico el propio Pedro Lemebel, comprueba el nuevo rol del intelectual dentro de su oficio como escritor, ampliándose incluso a otras disciplinas y presentando diversas voces en sus escritos, no solamente la suya.

Por su parte, el planteamiento que realiza el Lemebel del Zanjón se puede observar en diversos ejemplos, principalmente en la crónica “Zanjón de la Aguada (Crónica en tres actos)”. Dentro de ésta, se presenta la historia de un niño que debe mudarse a ese barrio con su

madre y su hermano, ya que no tienen ningún otro lugar al cual dirigirse. Se podría inferir que el protagonista es el propio Lemebel debido a la relación autobiográfica que tiene con aquel espacio de pobreza, narrando cómo llegó a vivir al Zanjón, describiendo la gran miseria que rodea a aquella comunidad:

Pero un día cualquiera llegaba el desalojo; los pacos tiraban a la calle las cuatro mugres, el somier con patas, la mesa coja, la cocina a parafina y unas cuantas cajas que contenían mi herencia familiar. Y tal vez alguien nos dijo que existía el Zanjón y para no quedarnos a la intemperie, llegamos a esas playas inmundas donde los niños corrían junto a los perros persiguiendo guarenes. Y la cosa fue tan simple, tan rápida, que por unos pesos nos vendieron una muralla, ni siquiera un metro de terreno, solo era un muro de adobes que mi abuela compró en ese lugar. (14-15)

El autor relata la transición psicológica por la cual debe pasar el infante: de tener un techo bajo el cual vivir a mudarse a un espacio tan mísero como el Zanjón. Es entonces cuando el escritor cataloga los diferentes grados de pobreza, contradiciendo el estereotipo que iguala a todas las personas con pocos recursos como pobres. El nivel de miseria es superior en la nueva situación del protagonista, lo cual influye en la psiquis del niño y lo obliga a tener una visión más madura y adulta de su alrededor, que en el caso del propio Lemebel se tradujo en el ingreso al mundo literario y de la escritura. Asimismo, se advierte la manera en que las personas son tratadas por pertenecer a un nivel social inferior, siendo reprimidos, en este caso, por parte de los carabineros. Lemebel se identifica a sí mismo también como personaje, haciendo énfasis en la distinción entre intelectuales pertenecientes a la ciudad letrada, y el cronista propuesto por el autor en relación a la acción de hacerse partícipe el propio letrado de su mismo relato. Por ende, Lemebel moviliza la enunciación tradicional de observar a las personas del Zanjón desde un punto de vista externo, presentándose a sí mismo como personaje de la narración dentro de su crónica.

Pedro Lemebel también realiza una minuciosa descripción del Zanjón, destacando el hecho de que cualquier sujeto puede llegar a este lugar e instalarse, sin que sea la propiedad de nadie, ni se acabe el espacio al cual incorporar a más gente:

Como por arte de magia aparecía un ranchal en cualquier parte, como si fueran hongos que por milagro brotan después de la lluvia, florecían entre las basuras las precarias casuchas que recibieron el nombre de callampas por la instantánea forma de tomarse un sitio clandestino en el opaco lodazal de la patria. (14)

Es tal la cantidad de personas que llegan al Zanjón que ni siquiera el narrador puede seguirles el paso, siendo casi como una infección que se esparce rápidamente sin poder ser detenida. Asimismo, el cronista utiliza una analogía para referirse a los habitantes del Zanjón, como si fueran un brote de hongos, caracterizados por multiplicarse y originarse en lugares sucios. Elementos como el lodo, la suciedad y la basura son utilizados por Lemebel para resaltar las malas condiciones en las que los individuos del Zanjón viven debido a la gran miseria que desborda en la zona. Además, el gesto que realiza el autor para presentar a los sujetos pobres lo lleva a cabo de manera irónica, burlándose de la visión que tienen los ricos de ellos: como si fueran una plaga que no deja de crecer. Sin embargo, a pesar de la inmundicia de ese lugar, aun así más individuos llegan constantemente a instalarse, al no tener ningún otro destino al cual dirigirse, prefiriendo un espacio sucio antes que dormir en la misma calle. Se reafirma el movimiento que lleva a cabo el cronista en su obra: no todos los ciudadanos de Santiago caben dentro de un mismo estereotipo de sujeto. No obstante, se llega a apreciar cómo Lemebel no toma una postura de superioridad ante los habitantes del Zanjón mientras describe el enlodado espacio, sino que una igualitaria al presentarse como uno de ellos.

A fin de cuentas, la lectura que se realiza del *Zanjón de la Aguada* se enfoca en mostrar la heterogeneidad de la comunidad descrita. Lemebel enfatiza el rechazo del estereotipo que se hace de los individuos

pobres y llama la atención principalmente sobre el Zanjón en sus crónicas al ser una zona muy pobre y al poseer él una relación afectiva con aquel barrio, por lo cual no es coincidencia que la agrupación de las crónicas presentadas de Lemebel se denomine *Zanjón de la Aguada*, siendo este un lugar fundamental en la escritura del cronista, englobando todo lo que éste ha hecho al ser la cuna de su origen como letrado.

ESPACIO MASCULINO: PROHIBIDA LA ENTRADA

Los homosexuales en Chile han tenido muchas dificultades para ser aceptados e integrados a la sociedad, debido a la permanencia de una cultura machista que surge en el periodo colonial. Hay que reconocer que hoy en día se les ha dado un espacio a los gays para que cada vez estén más integrados a la comunidad. Sin embargo, todavía se produce una generalización cuando se habla de ellos. Esta idea es planteada por Lemebel en el *Zanjón de la Aguada*: generalmente se tiene un estereotipo a la hora de pensar en los homosexuales, otorgándoles características en común, como que son afeminados y tienen las emociones a flor de piel, como una mujer, pero el cronista se opone a esta afirmación y lucha contra la idea estereotípica que se tiene de los sujetos que no se rigen según la heteronormatividad. Dentro de su obra abarca historias tanto de travestis como de locas, gays y lesbianas, encontrándose estas personas siempre presentes en la sociedad. Aun así, hay que tener en cuenta que, a pesar de que hay una gran cantidad de sujetos diversos dentro del grupo homosexual, estas distinciones dentro de la comunidad gay no están totalmente definidas; no hay una característica determinada que diferencie, por ejemplo, a una loca de un travesti de manera concreta, sino que lo heterogéneo se mezcla y se relaciona entre sí, sin manifestarse límites tan esquemáticos entre ellos.

El planteamiento específico que propone Lemebel en sus crónicas es la incorporación de los gays a las comunidades propiamente masculinas. Es aceptado que un homosexual esté presente dentro de la

sociedad, pero siempre en un espacio determinado; por ejemplo, los travestis sólo pueden dejarse ver de noche. La presencia de gays dentro de grupos sociales considerados mayormente masculinos no es aceptada, teniendo que esconderse entre la multitud para poder ser partícipes de estos y así no ser descubiertos. Lo que el cronista se cuestiona es que, si se ha logrado una mayor aceptación social de la comunidad homosexual, permitiendo que puedan compartir su orientación sexual con los demás sin tener que ser juzgados (a pesar de que una parte de la población aún no los reconoce, intentando negar su existencia), ¿por qué el hecho de trasgredir el espacio propiamente varonil de algunos grupos sociales es todavía considerado impropio, tratándose como un tabú? En general, los hombres heterosexuales aceptan a los gays, pero a la hora de incorporarlos en sus comunidades de “machos” ponen un freno al querer tener su propio lugar varonil sin ninguna interrupción “femenina”. A pesar de que un sujeto homosexual tenga gustos parecidos a los de los demás hombres, por el hecho de tener otra orientación sexual debe quedarse fuera de aquel grupo, permaneciendo en el espacio que le fue otorgado. No le es permitido infiltrarse en grupos masculinos de forma abierta, teniendo que habitar entre ellos de manera escondida y manteniendo en secreto su identidad.

Los estereotipos emergen desde la mentalidad cultural de cada sociedad, como afirma la autora Judith Butler en *El género en disputa* (2001). La continuidad entre género y sexo, y la “obligación” de que estos deben corresponderse, determinaría la identidad de un sujeto, presentándose la idea de que si la persona posee un género que no coincide con su sexo, ésta no tendría entendimiento ni reconocimiento dentro de la sociedad, planteamiento denominado inteligibilidad y que surge desde una mirada occidental. Con esta idea, lo que Butler quiere presentar es que la identidad y el género son construcciones inteligibles, es decir, que pueden ser comprendidas por el hombre. Debido a que la sociedad impone la idea de que un determinado sexo debe corresponder a un género específico, sólo de esa forma se lograría conformar la

identidad de un sujeto. La cultura controla la identificación de las personas tanto con el género femenino como con el masculino, ya que mediante esta distinción cultural el humano puede entender mejor el mundo que lo rodea. La persona que se sienta identificada con un género que no corresponda con su fisonomía sexual es rechazada e incluso catalogada como “anormal” al no coincidir con la normatividad social de identificación. No se toma en cuenta que los rasgos y la personalidad de un individuo pueden ir cambiando durante el transcurso del tiempo, impidiendo el surgimiento de un espacio a nuevos sujetos que se sientan diferentes a los modelos impuestos culturalmente.

Este sería el caso que presenta Lemebel en su agrupación de crónicas: las personas que se sienten atraídas por individuos de su mismo sexo producen un quiebre en la mentalidad común hasta el momento, debido a que no se conforman a lo estereotípicamente aceptado, siendo castigadas por sus acciones al no poder ser comprendidas por el hombre. Por ende, el hecho de que haya sujetos que tengan una sexualidad diferente al género con el cual se identifican, como es el caso de los homosexuales y bisexuales, rompe con la concepción de que todas las personas que sean de un mismo género y que tengan un mismo sexo serán iguales. La excepción a la regla permite afirmar, como plantea Butler, que la determinación de una identidad es una creación cultural y no natural.

Se observa cómo Lemebel presenta en sus crónicas a los gays en la sociedad chilena, encontrándose sujetos homosexuales o travestis siempre presentes dentro de diversos grupos sociales, aunque algunas veces clandestinamente. Cuando expone lo que sucede tanto en la vía pública, como en la Plaza de Armas o la Plaza Italia, como en eventos más privados, sirviendo la Inauguración del Museo de la Solidaridad como ejemplo, se identifica siempre entre la muchedumbre un individuo homosexual, haciendo referencia a que estos se encuentran en diversas partes de la comunidad chilena, sin poderse ya negar su existencia. Un ejemplo concreto de esto se visualiza en la crónica “Las mujeres de las

barras”, donde no sólo se plantea la presencia minoritaria del género femenino dentro de las barras de fútbol del país, sino que también se encuentran presentes sujetos homosexuales, pero estos siempre manteniéndose encubiertos:

Para las chicas barristas, es difícil mantener los colores de su género en el club fálico de los muchachos, al igual que otras minorías sexuales infiltradas de contrabando y nunca reconocidas públicamente por el temor de que la barra enemiga lo sepa y desde su machismo juvenil, les grite maricones. Pero de haber los hay, dice un hincha, recordando una pareja de chicas “demasiado amigas que en los viajes de la barra insistían en dormir juntas. Pero ninguno de nosotros le dio mayor importancia, si eran lesbianas y se querían era cosa de ellas”, recuerda el hincha, agregando que ellos están con todos los que sufren persecución. Claro que sería conflictivo tener una célula gay al interior de la barra, los nenes todavía arrastran ese machismo proletariado que teatralizan en el escenario de la galería. (98-99)

El constante secreto en que se mantiene a los gays dentro de las barras bravas se debe al prejuicio social de la comunidad chilena, especialmente en aquel ambiente embravecido que se espera que sea un lugar rodeado de testosterona y masculinidad ante la agresividad y energía con que los hombres apoyan y defienden a sus equipos futboleros. El gesto que hace Lemebel al referirse a la barra como un grupo “fálico”, es una manera irónica del autor de mencionar a los “machos” que se diferencian de los gays. Lo que quiere destacar el cronista es que el hecho de que un sujeto se sienta atraído por otra persona de su mismo sexo le frena la entrada a este espacio varonil, llegando incluso a ser razón de burla, teniendo que esconderse dentro de la masa brava para que el equipo contrario no se aproveche de este hecho para menospreciarlos y disminuir el carácter viril de la barra. Sin embargo, dentro del mismo grupo de fanáticos de igual bando, Lemebel plantea que las diferencias no importan mientras todos tengan el objetivo

de apoyar al mismo equipo, siempre y cuando la barra contrincante no se percate de estos personajes infiltrados en aquel espacio varonil. Incluso enfoca la mirada en el detalle de la persecución de los homosexuales, infiriéndose que son individuos marginados por ser diferentes a la mayoría, siendo encasillados en un estereotipo gay. A pesar de esto, se visualiza cómo dejan de lado los miembros de la barra el estereotipo homosexual propuesto por la sociedad chilena, como sujetos delicados, afeminados y que aborrecen los deportes, en el caso de los hombres, y rudas y masculinas al referirse a las mujeres. Lemebel destruye esta noción machista del gay, afirmando que este sujeto puede tener diversas personalidades y gustos sin que tenga que ser discriminado por su orientación sexual.

Asimismo, Lemebel realiza descripciones de situaciones homosexuales tanto de gays como de travestis y locas, y muestra cómo muchas veces individuos que dicen ser heterosexuales, pero que son partícipes de acontecimientos homosexuales, los rechazan luego de haberlos vivido, reprimiendo los recuerdos. Esto es lo que sucede en el caso que narra el autor en la crónica “La iniciación de los conscriptos (O la patriótica hospitalidad homosexual)” sobre los jóvenes que están haciendo el servicio militar y se encuentran lejos de su hogar, buscando y encontrando refugio en casas de “locas”, olvidando todo aquello al retornar a sus hogares con sus familias:

Es posible que al pasar ese tiempo, cuando los aprendices de soldados regresan a sus casas con la licencia en la mano, nunca más recuerden la casita rosada donde las tristes tardes de la milicia se endulzaron de cariño prohibido, sexo verde y psicológica confesión. Quizás, estos secretos entre conscriptos se llevarán para siempre tapiados por la represiva virilidad castrense, o también formarán parte de una bitácora paralela que guarda el ejército, como servicios a la patria entregados clandestinamente por la hospitalidad homosexual. (74)

Se observa cómo los militares niegan sus actos homosexuales por miedo a lo “prohibido” por la sociedad en cuanto a lo que se refiere a la masculinidad que un hombre debería poseer, pero no solamente no se lo admiten al resto, sino que ellos mismos intentan enterrar aquellos recuerdos para pretender que nunca pasaron. Esto se debe al prejuicio que se tiene de los homosexuales en relación a la heteronormatividad, por lo que todo aquello que sea diferente, es rechazado por la mayoría social. Se muestra cómo lo gay todavía es censurado, siendo el afecto por parte de uno de ellos “prohibido”, intentando al principio los jóvenes partícipes del servicio militar oponer resistencia a la compañía de una loca, pero luego dejando que entre en sus vidas. Sin embargo, luego se olvidan del cariño que esta persona les brinda y continúan con su camino, teniendo los gays que permanecer escondidos hasta la llegada de otro individuo que los acepte como son. Lemebel plantea la diversidad de los homosexuales no solamente en los casos de las locas y travestis con los que los jóvenes militares crean un lazo de afecto, sino que también hace referencia a los soldados que no tienen clara su propia identidad sexual, tambaleándose entre ser heterosexuales y/o gays. Es entonces que el autor hace una crítica al machismo chileno, fichando al ejército como represivo, sin que sus integrantes tengan libertad para decidir su propia identidad. Asimismo, hay que destacar el gesto intencional del cronista de escoger espacios con alto grado de masculinidad para insertar la presencia de los homosexuales, ya que de esa manera el contraste entre gays y heterosexuales se visualiza de forma más notoria; no es casual que Lemebel haya relatado historias de homosexuales tanto dentro de las barras bravas de fútbol, como en el servicio militar nacional, lugares que se caracterizan por su exacerbada virilidad y que generalmente no permiten la presencia de homosexuales, por lo menos de manera abierta al público. De hecho, se identifica un gesto irónico cuando el autor se refiere a las viviendas de las locas como “casitas rosadas”, ya que mediante el diminutivo y el color rosa, generalmente vinculado al género femenino, se hace alusión al

estereotipo que se tiene de los gays de ser delicados y afeminados. Al presentar este ejemplo, el cronista intenta romper con aquella noción del homosexual, burlándose de la figura estereotípica que se hace de éste.

En resumen, el hecho de encontrar a individuos homosexuales integrados a todos los grupos de la sociedad, tanto sea en lugares públicos como en otros más escondidos de la luz del día, evidencia su inevitable existencia en la nación. Que el propio Pedro Lemebel sea un homosexual reconocido hace años confirma el intento del autor de destruir el estereotipo gay para así integrar a aquellos que son diferentes a la heteronormatividad. La infiltración de individuos homosexuales a espacios propiamente masculinos de manera clandestina es sólo el primer paso para poder ser aceptados en estos grupos, para luego poder ser partícipe de ellos de manera abierta, sin temor al constante rechazo social.

SACRIFICIO MATERNAL: CONDENA ANTICIPADA

La integración de la mujer y el cambio que se ha producido en su rol social en la comunidad chilena la han convertido en un ente más activo tanto en el ámbito público como en el privado, obteniendo más oportunidades en lo laboral y teniendo más apoyo y ayuda por parte del hombre en lo doméstico, progresos que recién se empezaron a desarrollar y observar en Chile a principios del siglo XX. Lo que no ha cambiado en demasía es el papel maternal femenino, teniendo que encargarse la mujer de la mayoría de las responsabilidades en cuanto a sus hijos, como alimentarlos, cuidarlos y educarlos. Se pone en juego la paternidad y la maternidad a fines del siglo XX y a comienzos del XXI en la nación, exponiéndose el hecho de que al hombre no se le exige lo mismo que a la mujer, no teniendo que ser éste un padre ejemplar, mientras que las madres son siempre juzgadas por llevar a cabo acciones que no son consideradas apropiadas para una buena madre, encontrándose constantemente en el foco de atención. Ante este tema es

que Pedro Lemebel en sus crónicas se propone la interrogante: ¿por qué, si la mujer ha avanzado tanto desde principios del siglo XX en cuanto a sus derechos sociales, sigue siendo condenada cuando realiza una acción como madre que no es aceptada por la mayoría de la comunidad? Las nociones de la cultura occidental han determinado convenciones implícitas en cuanto a la maternidad que toda mujer debería llevar a cabo: ser madre antes de los cuarenta años, dedicarle tiempo a los hijos para crear un lazo afectivo con ellos, y criarlos de manera cariñosa y protectora. El hecho de que una mujer no realice estas acciones, la dirige a ser considerada egoísta, juzgándose así sus dotes maternas. Pero Lemebel plantea que aquel papel tan esquemático que debe realizar la figura femenina es tan sólo una imposición social, ya que se presenta un modelo universal para una función que realmente es subjetiva al ser cada caso diferente.

El cronista apunta directamente en el *Zanjón de la Aguada* a la liberación del rol maternal que se presenta como obligación, para que de esa forma la mujer pueda cuidar de sus hijos sin límite alguno. Incluso el autor identifica el sacrificio como un gesto de amor antes que de maldad, siendo una manera de cuidar al infante en vez de herirlo. Lo que se observa como evidente no siempre lo es, por no tomar en cuenta el contexto en el cual se encuentra inserta la madre a la hora de criar a sus hijos. Se toma una perspectiva distanciada frente a la mujer y, desde aquel lugar, se la enjuicia, sin percatarse de las dificultades que la rodean y que muchas veces le impiden realizar el rol materno como ella desearía. Esto es lo que expone Lemebel: madres con más de una función que deben hacerse cargo de múltiples trabajos a la vez, descuidando a veces alguna de aquellas labores de manera no intencional. En consecuencia, el autor plantea que la figura materna no debe ser condenada a partir de una sola acción que realizó, considerada como errónea, sino que se debe ver todo el plano de la perspectiva para recién entonces empezar a hacer un juicio sobre ella.

Lemebel presenta la ruptura de la noción femenina que se tiene de la mujer en cuanto a su supuesta “obligación” no sólo de ser madre, sino que de ser buena en ello, exponiendo en su crónica “Chocolate amargo” el caso de una mujer que cometió suicidio junto con sus dos hijos y cómo es juzgada por la mirada social, mostrando el autor que hay otra faceta de esta situación:

La voz, profesionalmente afectada de la conductora del TV noticias, dice que una mujer de nombre Nadia Retamal Fernández se arrojó a las aguas del Mapocho junto a sus dos pequeños hijos Daniela y Brian. Los tres habían fallecido por inmersión . . . Entonces un mareo de situaciones me nubla la pantalla, y creo haber percibido en la voz televisiva una condena moral sobre la decisión suicida de esta mujer . . . quizás joven, tal vez arrastrando un saco de penas que no la dejó titubear al momento de dar el salto. Y es posible que en ese último segundo quiso ver una ráfaga de futuro para detener el impulso. Un imaginario y tibio porvenir que cerrara la boca hambrienta de Daniela y Brian, sus hijos . . . Y es posible que cualquier juicio que se emita sobre el infanticidio que cometió esta mujer, no alcance a imaginar sus motivos y menos aún tocar su desesperanza. (119-20)

El cronista, con este ejemplo, da a entender cómo aquella mujer es juzgada por la sociedad al llevarse a sus dos hijos a la muerte con ella, rechazando aquella acción y catalogándola como impropia por parte de una madre, ya que ésta debería hacer todo lo posible para mantener con vida a sus retoños. De hecho, dirige la atención a la voz afectada de la periodista, la cual debería ser supuestamente imparcial en el asunto, identificándola como una “condena moral” ante el acto que realizó la madre con sus hijos. A partir de este planteamiento, la periodista juzga a la víctima suicida con un pensamiento estereotípico sobre cómo la figura materna debe proteger a sus niños, sin dejar cabida a ninguna mentalidad diferente. Sin embargo, Lemebel toma la perspectiva de que aquella persona en realidad pudo haber tenido intenciones escondidas,

que el resto de la comunidad no podría comprender sin apartarse del estereotipo de madre protectora. Se infiere que el autor plantea que realmente se portó como una madre generosa al sacar a sus hijos del mundo miserable en el cual vivían, en vez de hacerlos vivir de una forma tan denigrante que sería preferible no habitar este mundo de tal manera. No es considerado por los medios que presentan esta noticia el contexto en el cual se encontraba aquella mujer, ni si el cuidado que les daba a sus hijos era el ideal, juzgándola solamente por un acto aislado. Destaca esta idea con la expresión “bocas hambrientas” de los hijos de Nadia Retamal, haciendo referencia al sufrimiento de aquellos críos. Ese vacío insaciable sólo puede ser llenado con un futuro cómodo, seguro e inamovible, pero que llega a ser incierto, lo cual habría sido la motivación de aquella mujer para llevar a cabo el suicidio junto con sus dos retoños. La palabra clave que utiliza Lemebel para llegar a aquella conclusión es “desesperanza”, haciendo referencia a que la madre ha perdido toda certidumbre de que sus hijos puedan tener cualquier porvenir próspero, asegurando que lo único que les espera es un final nefasto. El futuro de su familia podría haber sido peor de lo que era en ese momento y, sabiendo que a sus niños sólo les deparaba sufrimiento, prefirió otorgarles un final menos duro. Lemebel muestra también que el ser madre y el papel que ésta cumple siguen una determinación cultural.

Haciendo referencia a esta temática, Raquel Olea abarca el tópico de madres que han asesinado a sus hijos en su artículo “Yo Landa; abrir la memoria a otros relatos”, pero enfocándose en las historias que ellas presentan, más allá de si la justicia las declaró culpables o inocentes. Se centra específicamente en la historia de Yolanda Briones, una joven que tuvo un niño a los 18 años y, a los dos meses de nacido, lo golpeó en la cabeza repetidas veces. Olea presenta la historia contada por la misma madre, la cual afirma que aquel episodio lo recuerda de forma borrosa, que no fue ella realmente la que quiso asesinarlo, pero que sí lo hizo. Llega a inferir que aquella laguna mental fue su modo de descargarse por todos los traumas, consecuencia de los maltratos que recibió por

parte de su propia madre cuando era una niña, pero lamentablemente el receptor de todas esas heridas - todavía abiertas - fue su inocente bebé. Luego de confesar, estuvo cinco meses en prisión y, al salir, quedó embarazada nuevamente. Dice que la muerte de su primer hijo fue un sacrificio para que el segundo pudiera tener una gran vida. A partir de este relato, Raquel Olea llega a la siguiente conclusión:

Algo, inmemorial de un poder borrado emerge en las mujeres que matan a sus hijos, algo abismante que no pueden explicar, ni siquiera decir, las instituciones discursivas del derecho, la medicina, la educación que han construido los límites de los disciplinamientos. Algo de lo materno que se ha mantenido clandestino, ocultado y que de pronto surge destituyendo toda legalización y hace retroceder los límites que el amor pone en la vida de una mujer. Y sucede allí, en el lugar más sacralizado de la identidad femenina . . . Las mujeres que matan a sus hijos abren lo excelso del símbolo materno para hacer ingresar en él lo infamiliar (unheimlich), lo que extraña a lo familiar (heimlich) femenino. Eso que no ha tenido palabras, eso que el discurso cultural de la maternidad ha borrado en la exaltación del sacrificio y la renuncia amorosa de la madre santa. (219-20)

Olea toma el enfoque de que la madre que mata a su hijo muestra otra faceta femenina que ha sido oprimida por la sociedad y por la construcción cultural: el poder de la mujer de decidir por sí misma, el hecho de llevar a cabo el sacrificio de su propio hijo y tener el control sobre su seguridad, teniendo la independencia para escoger qué es lo mejor para éste. Ni el amor ni las instituciones comprenden este poder, ya que niega el rol otorgado socialmente a las mujeres, y contradice la función principal femenina reproductiva, al darle muerte a un hijo en vez de refugiarlo entre sus brazos maternos. Sin embargo, la crítica apunta a eso mismo: no les pueden quitar aquel dominio, porque es propio sólo de las madres. Se rompe con el esquema culturalmente aceptado, y toman nuevamente poder sobre sí mismas, resignificando el papel

materno. Lemebel realiza este gesto en sus crónicas, específicamente con el ejemplo de Nadia Retamales: ella decidió por sus hijos y prefirió sacrificarse con ellos para que dejaran de sufrir. Puede que haya sido juzgada por la comunidad y la prensa chilenas, pero ella, en su interior, hizo surgir aquel poder único de la madre para ayudar a sus niños, enfrentándose a la mirada prejuiciosa de la sociedad.

Por su parte, el escritor chileno en cuestión abarca en sus crónicas el rol de la madre en el sentido de que no se toma en cuenta el contexto en el cual ella está inserta a la hora de cuidar a sus hijos. Las mujeres, en algunas ocasiones, tienen que lidiar con más de una dificultad a la vez. Esta es una de las situaciones que presenta el autor en “Zanjón de la Aguada (Crónica en tres actos)”, cuando toma el papel del narrador protagonista, un niño que debe mudarse al Zanjón con su madre y su hermano, al no tener paradero al cual dirigirse. La mujer debe preocuparse de tantas actividades a la vez, que un pequeño descuido es inevitable:

 Mi niñez del Zanjón mariposeaba al mosquerío del sol que mi madre espantaba cuidadosa, pero al primer descuido, cuando ella atareada, en un minuto me perdía de vista, la aventura del gatear fuera de la callampa me conducía al borde de aquella acequia, donde metía mis pequeñas manos, donde mojaba mi cara y sorbía el lodo en la curiosidad infante de conocer mi medio a través del sabor. Y así fue como un día mi barriga se fue hinchando como si me hubiera embarazado un príncipe moscardón. (16-17)

En esta crónica, Lemebel no tiene la intención de juzgar el rol materno que cumple la mujer en el relato, ya que la causa de aquel incidente se debió a la gran cantidad de labores simultáneas que ella debía realizar para poder mantener a sus hijos. El hecho de que el infante haya ingerido un parásito, hace referencia más bien a que en cualquier momento puede ocurrir algo inesperado, sin por ello señalar a la madre como la gran culpable. Incluso presenta a la figura materna como “cuidadosa”, alguien que está siempre atenta al cuidado de sus

crías, pero al mismo tiempo la caracteriza como “atareada”, haciendo referencia a la gran cantidad de labores que debe realizar simultáneamente. Por ende, el autor plantea que aquello puede haberle sucedido a cualquiera pero, como solamente se visualiza la consecuencia y no la causa, la figura materna es juzgada por permitir que su retoño se enferme. Este es el gesto que realiza el cronista: presenta el cómo acontecieron los hechos previos para retirar la carga de responsabilidad sobre la madre del niño. Su objetivo es que se vea a la mujer en su rol materno junto con el contexto que la rodea, y no se haga un juicio anticipado de ella sin saber todos los factores que influyeron en sus acciones. Se muestra a una fémima ajetreada, encargada de muchas labores, además de habitar en un lugar tan miserable como el Zanjón, por lo que el hecho de que su hijo adquiriera una enfermedad no se debe a la falta de atención de la madre, sino al exceso de trabajo y esfuerzo que ésta realiza para mantener a su familia e intentar sacarla de aquella situación de pobreza. De hecho, libera de culpa a la mujer mediante la hipérbole de que “en un minuto me perdía de vista”, con lo cual quiere argumentar que aquel descuido no se debe a su falta de cuidado, sino a otros factores que le impiden enfocarse al cien por ciento en su hijo, como sería el trabajo y la obtención de alimentos para su familia.

La mirada que propone Lemebel del rol materno choca con las convenciones sociales sobre la mujer en cuanto a su labor como madre, al defender las acciones que realiza y que podrían parecer dañinas para los hijos, pero que en realidad son una forma de protección femenina. Se puede concluir que la visión en cuanto a la mujer ha ido cambiando con el tiempo, pero que a la hora de analizar el papel materno, prevalece el control social sobre la madre, el cual pasa por alto el entorno que la rodea y que la afecta a la hora de cuidar de sus niños. El cronista focaliza la atención sobre cómo las exigencias que tiene la comunidad hacia los padres son menores que las de las madres, pudiendo los primeros librarse de la paternidad en diversas ocasiones, sin recibir el mismo rechazo que obtendría una madre si abandonara a sus hijos. Los dobles

estándares que se hacen entre géneros, visibles en la sociedad chilena, llevan a cuestionarse si existe el derecho de juzgar a una madre por su actitud a la hora de cuidar a sus retoños si no sucede lo mismo con la figura paterna.

Para concluir este análisis de las crónicas del *Zanjón de la Aguada*, se afirma que la permanencia de estereotipos implica el rechazo de sujetos que difieren del patrón esperado. Es entonces cuando se observa el uso paródico del lenguaje por parte del cronista, para así presentar la noción de Lemebel de que los estereotipos no deben tomarse con tanta seriedad, ya que son un planteamiento cultural que no define a cada persona de forma individual, sino que las coloca en un grupo difuso que no permite vislumbrar la verdadera esencia de cada sujeto. La conclusión que surge al leer esta obra de Lemebel es que los personajes están en constante búsqueda de una identidad propia que sea aceptada por la mayoría de la comunidad chilena. En las situaciones que se presentan en las crónicas se identifica a sujetos con características diferentes a lo estereotipado, los cuales intentan integrarse a la sociedad con sus propias distinciones, arriesgándose al rechazo, pero manteniendo su individualidad. Asimismo, se cree que Chile ha dejado de ser una comunidad machista, pero el cronista propone que aún se mantiene una mentalidad falocéntrica que ha perdurado la mentalidad nacional desde la colonia. Lemebel introduce personajes poco comunes, situaciones clandestinas y hechos poco habituales, para demostrar el cambio que se está realizando paulatinamente en la nación con la inserción de sujetos diversos y mentalidades aparentemente revolucionarias, para así exponer el inevitable cambio que se aproxima y que ya se ha estado desarrollando. Las modificaciones pueden causar miedo o rechazo al comienzo, pero abren puertas desconocidas que pueden iluminar nuevos caminos.

OBRAS CITADAS

Butler, Judith. *El género en disputa: el feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós Ibérica, 2007. Impreso.

Lemebel, Pedro. *Zanjón de la Aguada*. Santiago de Chile: Seix Barral, 2015. Impreso.

Olea, Raquel. “Yo Landa; abrir la memoria a otros relatos”. *Políticas y estéticas de la memoria*. Ed. Nelly Richard. Santiago de Chile: Cuarto Propio, 2000. 213-20. Impreso.

Rama, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998. Impreso.